

nen sin novedad las rudas faenas de aquel día.

Después comienza el desembarco de la pesca, operación en la que Graciella y su madre ayudan al padre y esposo. La joven tiene la ansiedad más grande en el semblante.

A cada barca que llega y no es la de su prometido, mira al horizonte contemplando la tempestad ya formada y próxima a estallar; mira al cielo y lanza un suspiro que lo mismo puede ser de temor que de esperanza.

La gente se vá tranquilizando: casi todas las barcas han regresado, y son muy pocas las que todavía se encuentran en alta mar.

Las olas comienzan a rizarse, y poco á poco aumenta la fuerza al estrellarse contra los peñascos de la playa.

El horizonte se ha oscurecido, y gruesas gotas de agua caen de las nubes.

Las últimas barcas logran salvar los escollos con mucho trabajo, y atracan triunfantes á la orilla.

Solo una falta: es la de Rafael, que, como siempre, ha desafiado la tormenta sin terminar sus faenas.

Sentado en el banquillo de su barca, empuña los remos con sus forzudos brazos, y tranquilo comienza el regreso entre la cárdena luz del relámpago, el lúgubre estampido del trueno y las enormes montañas de agua que forman ahora las pocas há tranquilas y rizadas ondas.

Descubierto, y con el pecho al aire, que juega con sus negros, sedosos y abundantes cabellos, parece la noble figura del dios que desafia el furor de los elementos.

¿Con qué orgullo no llegará á la playa, entre la admiración de sus convecinos que tanto le aprecian, y principalmente de su Graciella, que seguramente esperará ansiosa el momento de verle aparecer?

Ya llega: sujeta su barca por la fuerza de sus brazos, comienza á serpentear los escollos entre montañas de espuma que forman las olas al romperse contra las afiladas aristas de las piedras.

La tempestad aparece en toda su furia.

Pocas veces he presenciado un cuadro que me haya causado más impresión.

En primer lugar unas cuantas personas con la ansiedad más viva en el semblante: como escena, un corto espacio sembrado de escollos, con olas gigantes que se revuelven furiosas al estrellarse contra los peñascos; una débil barca guiada por un joven, sereno y tranquilo que cien veces ha debido correr peligros tan inminentes.

Y como fondo de todo esto, una oscuridad impenetrable, que de cuando en cuando es rota por la cárdena luz del relámpago, que por un instante alumbrá la lucha horrorosa que sostienen los cielos y las aguas, las nubes y las ondas, que toman un color gris oscuro y se revuelven contra las primeras en una confusión horrible.

Graciella contemplaba el cuadro, teniendo el alma en los ojos y la vida en los labios.

Sus manos crispadas se dirigen hacia otras, como si se dispusiese á lanzarse al agua en auxilio de su amante: el fuerte vendabal agita su cabellera. Parece una niña de mar, pero en tormenta.

Rafael ha logrado vencer los primeros escollos: en un momento pierde la serenidad: todavía tiene fuerzas para continuar la lucha, y si no las tuviera, la vista de Graciella se las daría.

¡Un golpe de mar, grande, terrible, acompañado de un crugido que hace lanzar á los de la playa un grito de angustia!

Después nada. En la agitada superficie no se descubre ya la barca del valiente Rafael, que no ha podido impedir que se estrellase contra un peñasco.

Todavía hay quien dirige ansiosa la vista, con la esperanza de verle aparecer.

¡Esperanza inútil! ¡Rafael ha desaparecido para siempre!

Cálmase la tempestad: las olas vuelven otra vez á lamer cariñosas la arena de la playa.

Ya no hay esperanza. Los pescadores regresan tristes á sus casas para rezar por aquel compañero que, como tantos otros, han encontrado en el fondo de las aguas su tumba.

Graciella ha perdido el conocimiento. Sus afligidos padres y algunos bondadosos vecinos la traen á la blanca casita.

La prodigo mis cuidados y consigo que recobre el conocimiento.

Me contempla con extraviados ojos y rompe en copioso llanto.

¡Está salvada!
Para los sufrimientos del alma, no

hay mejor medicina que las lágrimas.
Ko-Fran.

LA EDUCACIÓN

en el distrito de La Latina de Madrid (1)

Acostumbrado y agradecido á la honra que nuestro Excmo. Presidente me dispensa todos los años invitándome á usar de la palabra en este solemne acto, voy á referirnos respetables señoras y señoritas, dignísimos caballeros y queridos educandos del Colegio municipal de San Ildefonso, lo que me sucedió en Marzo de 1892, cuando fué publicado el resultado de las oposiciones á Parroquias del Obispado y se comentó entre mis amigos el hecho de que yo hubiese obtenido la de San Andrés de Madrid.

«Ah!, ¡pobre D. Felipe!» decían: «¡mala suerte!... ¡La Latina!... No hay barrio como ese en todo Madrid!... Apenas se barruntaban antes ligerísimos asomos de sublevarción, el primero y más temible, ya se sabía, el barrio de la Latina. ¿Revoluciones? ¡juicio con la Latina! ¿Barricadas? ¡La Latina! Y aunque tales pujos ya pasaron á la historia de los desengaños populares, aún queda, añaden, el raión de esa muela cargada de Madrid; así que ¿política palpitante? ¡La Latina! ¿conservadores insaciables? ¡La Latina! ¿liberales exaltados? ¡La Latina! ¿republicanos intransigentes? ¡La Latina! ¿socialistas furibundos? ¡La Latina! y, en fin, ¿alborotos y motines? ¡La Latina, y siempre en escenas de ruido y de protesta la Latina!...»

La verdad: yo que nunca fui soldado de nadie y que jamás he pertenecido á otra milicia que á la de mansedumbre y caridad de Cristo desde mis bodas con su Santa Iglesia, dije para mí medroso: «buena la has hecho, Pastorillo incauto, viniendo á encargarte de tan numeroso y heterogéneo rebaño de más de 16.000 ovejas!» Pero eso de tener treinta y nueve años á cuestas y ser la vez primera que algo conseguía en propiedad, me obligó, ¡vaya si me obligó!, á no soltar la prenda y á decir á mis amigos: «sea lo que Dios quiera».

Efectivamente: lo que Dios quiso fué. A poco de posesionarme del Curato, se armó en la Plaza de la Cebada una marimorena espeluznante, y de todas las grandes puertas del amplísimo mercado salían en confuso tropel oleadas inmensas de hombres, mujeres y chicos á la hora misma en que yo, ignorante de todo, me dirigía tranquilamente á mi Parroquia. Aquella turba enorme me aventajaba con exceso en sus aúares, tanto que, sin pensarlo ella ni quererlo, me hubiese envuelto y pisoteado de lo lindo dejándome, como estrujada oblea, pegado al pavimento de la calle; pero en esto y cuando no me quedaba otro recurso que darme por mojado y descoyuntado, una voz aguda, clara, penetrante y enérgica, exclamó: «¡dejadle, dejadle, no le atropelléis, no le hagáis daño: que es nuestro Curá!» Ni la conocí ni la conocí á aquella hija de Madrid, noble, de corazón de oro y valiente, pero respetuosa y afable, como se dan muchas, típicas y características, aun en ese cuarto ó quinto estado de la Corte.

A su voz de mando se replegó obediente la avalancha, y muchos, que ni se tampoco si me conocían ó no, me hicieron rápidos y corteses saludos. ¡Esto es el Barrio de la Latina!, dije yo enseguida á mis amigos.

No es que yo, señores, pretenda desvirtuar con esto solo todas las inculpaciones que se me avisaron contra el Barrio, no; pues evidente resulta que la inmensa mayoría de sus moradores profesan en política opiniones avanzadas; pero, mis feligreses al menos, cumplen casi todos con la Parroquia, guardan los demás preceptos religiosos, se proveen de Bulas, tienen suscripciones permanentes para el dinero de San Pedro, y de la Propaganda de la Fe, suministraron colectas respetables y bastantes peregrinos á los Jubileos Pontificios, contribuyeron también con decente donativo en metalico para el batallón de voluntarios formado á iniciativas del Reverendísimo Prelado de la Diócesis, dan desde hace tiempo limosnas suficientes para sostener en la Parroquia cultos especiales muy solemnes, como el Pladoo Ejercicio de las Siete Palabras y el Novenario y Festividades de Nuestra Señora del Pilar, han entregado algunas ofrendas pecuniarias para la restauración de la grandiosa y monumental Capilla de San Isidro Labrador, figuran como Hermanos en muchas Cofra-

días y Asociaciones que están instituidas en la Catedral, Iglesias parroquiales y Oratorios de la Feligresía y del Distrito y dan constantes pruebas de acendrado catolicismo. «Este es el barrio de la Latina! digo yo siempre á mis amigos; ¡un barrio de avanzados ideales políticos, pero de arraigados y buenos sentimientos religiosos!»

Y ¿en qué consiste, señores, esta aparente antitesis? ¡Ah! No es pequeño factor de tan saludable armonía la numerosa y asidua concurrencia á las Iglesias del Distrito y lo mucho que se predica en ellas; pero el laboratorio principal de este concierto lo componen 36 Establecimientos de Enseñanza, entre municipales y particulares, con que cuenta el Barrio, y que, dicho sea de paso, aún no son los suficientes, porque mientras á la Feligresía de San Andrés corresponden de ellos 29, á la del Buen Consejo pertenecen sólo 4, y otros cuatro nada más á la de San Pedro el Real ó de la Paloma. No es que á mí me pesé hallarme beneficiado en el reparto, pero sí lo cito como es, y ruego al Excelentísimo Ayuntamiento de Madrid y suplico á la Junta de Escuelas Católicas de la Corte provean á la Feligresía de la Paloma de algunas Escuelas más, porque tiene 25.000 almas, se vé en su territorio, si mal no estoy enterado, con una escuela protestante, y es demasiado pobre la mayoría de su vecindario. Y no extiendo mi petición en idéntico sentido á favor del Buen Consejo, porque cuenta esta Parroquia con Establecimientos de Enseñanza en otros Distritos.

Dispensadme, señores, la digresión, y volvamos al asunto. La armonía que se nota entre la política más ó menos avanzada y la religiosidad de este Barrio de la Latina, tiene su asiento en las Iglesias y su cuna en las Escuelas de Instrucción primaria y superior, en los círculos de obreros y Academias de artesanos y en los Establecimientos de Enseñanza, como este de San Ildefonso, donde la instrucción es cumplida, dentro de sus límites, sólida y fecundante, consoladora, y cristiana.

Pues en tales centros ó semilleros de educación y religión se cultivan las asignaturas adecuadas al conocimiento de los deberes que el hombre tiene para con Dios, para consigo mismo y sus semejantes: y aprendido esto, quedan abiertas las zanjias y colocados en suelo firme los fundamentos de la mas sana y verdadera educación individual y aun nacional para las generaciones presentes y sucesivas.

Solo que á generaciones educadas de este modo jamás debe pedirse que abduquen de sus ideales en política, porque sería de pésimo efecto violentar sus creencias de que bajo cualquier forma de gobierno, propiamente dicho, puede haber buenos cristianos, bizarros soldados y leales patriotas. Ni tampoco es provechoso sino muy perjudicial y contraproducente tratar de imbuir á tales generaciones en el fatalismo de que la opinión pública no existe ó en el excepcionalismo de que la moralidad económica, administrativa y judicial está condenada á ser siempre una quimera ó un ente de razón: pues dichas generaciones se dan cuenta cabal de lo cierto y lo dudoso, de lo recto y de lo erróneo, de lo justo y de lo injusto; y de aquí el que tengan aprendidas muchas cosas, y se les figure, v. g., que si el duelo ó desafío se repite en nuestro Reino con escandalosas proporciones, es por falta de rapidez y de responsabilidad en los Tribunales de Justicia; que si el suicidio se propaga como epidemia contagiosa, es por los horrores de la miseria en que envuelve á muchos infelices la Economía oficial torpemente entendida; y que si los trámites para el expediente administrativo y judicial á instancia de parte son abrumadores, dilatorios y á veces hasta ridiculos, es lisa y llanamente por efecto del agio para proteger al culpable ó para no pagar; y solo estas apreciaciones, bien ó mal fundadas, que en eso no me meto, bastan y sobran á muchos de mi Barrio para vivir alejados de la política, á no pocos para atrincherarse en atáxico egoismo, y á los restantes para perseguir ideales que se les antojan salvadores de la Nación y sus Colonias, y regeneradores de una suspirada bienandanza política, administrativa, judicial y económica.

Podrán equivocarse en los medios que escogiten para el logro de sus aspiraciones, pero de éstas no será fácil hacerlos desistir con palabras ó discursos, sino con muchas y buenas obras.

Tengan todo esto muy presente aquellos á quienes toca prever y conjurar un estallido de presión tan violenta, y no echen en cara al Barrio de la Latina si es radical ó progresista. El Barrio de la Latina es educado y religioso, y con estas dos cualidades suyas, se deja

guiar, como otros muchos Barrios, por cualquiera que sepa dirigirlo al bien de la patria; pero no con una subasta ó baratillo de sufragios, sino con la religión, la moralidad y la justicia.

Mi enhorabuena, pues, al Excelentísimo Ayuntamiento de Madrid y á su ilustre representante el dignísimo Concejal Patrono, por la parte principal que en esta obra salvadora toman sobre sí subvencionando este afamado Colegio de San Ildefonso y todas las demás Escuelas municipales del Distrito y de la Corte; mi enhorabuena á las Juntas de Señoras y Caballeros que costean las Escuelas católicas, Círculos, Academias y Asociaciones de obreros y á las Directoras y Directores de Colegios cristianos particulares de este Barrio y de todo Madrid, porque compen-san, en la medida de sus fuerzas, la falta de número reglamentario de Escuelas por cuenta de la villa; mi enhorabuena al dignísimo Profesorado de esta Casa por su brillante labor y continuos desvelos; mi enhorabuena á los alumnos que disfrutan el privilegio de educarse bajo la acertadísima dirección de tan acreditados Maestros y peritísimo Director; y mis ruegos y suplicas á los Gobiernos de la Nación porque no cogen un punto en su plausible empresa de aumentar el número de Escuelas en la Península y en nuestras posesiones Ultramarinas, de garantizar los derechos, de mejorar los sueldos y de elevar la dignidad de cuantos Profesores y Profesoras se dedican á la dura tarea de labrar, por medio de la Enseñanza, el porvenir ansiado y venturoso de las familias, de los pueblos y de la Patria.

He dicho.

DR. FELIPE POYATOS.

Noticias generales

El tren mixto ascendente núm. 41, hirió gravemente días pasados en el kilómetro 134, término de Moratilla de Henares, á un joven de 14 años, llamado Cesáreo Gutiérrez, que se hallaba dormido en la banqueta de la vía férrea.

Ha interpuesto recurso de alzada contra el acuerdo de la Comisión provincial, que le declaró incapacitado, el Concejal electo de Rillo D. Julian Martínez Checa

En el pueblo de Montarrón le fué robado en la noche de 27 del pasado mes, en su propia casa, á Elias Magro, y en ocasión en que se hallaba durmiendo, un baul que contenía 75 pesetas en plata y 225 en billetes del Banco de España, varios cubiertos y otros objetos de escaso valor y dos pernils de tocino.

Se ignora quien ó quienes sean los autores del robo.

En el pueblo del Pozo de Almoquera, el día 27 del pasado, apareció ahorcado en un corral de su propiedad, el vecino de dicho pueblo Juan Sanchez Martínez.

De las investigaciones practicadas, resulta que el infeliz se ahorcó utilizando para ello una soga de cáñamo que ató á una madera.

Se ignoran los móviles que impulsaron al desgraciado Juan Sanchez Martínez, para tomar tan fatal resolución.

En los pueblos de Budia y Duron, unos tenderos ambulantes han expandido monedas falsas, y según noticias, uno de ellos ha sido detenido.

El suministro de bagajes del cantón de Torremocha del Campo, ha sido adjudicado á D. Lorenzo Gutierrez, por el tipo de 1'24 pesetas por cada uno de caballería mayor; 1'14 por los menores y gratis los de carro.

El del cantón de Gajanejos, á D. Mariano Casado de Diego, al precio de 1'70 por cada caballería mayor; 1'25 si es menor y 5 pesetas por cada carro.

Para satisfacer las pensiones del 4.º trimestre del año económico finado por derechos pasivos del Magisterio de Instrucción primaria en esta provincia, la Junta Central ha librado 8.380 pesetas 84 céntos.

Mañana será el último día en que regirá la combinación de trenes baratos á Madrid y viceversa.

Siguiendo la costumbre de años anteriores, estos días se hallan expuestas en la Escuela Normal de Maestras las labores ejecutadas por las alumnas de aquel establecimiento.

(1) Discurso de nuestro paisano y amigo el Doctor D. Felipe Poyatos Santisteban, en la solemne distribución de premios del Colegio de San Ildefonso, en Madrid, el 25 de Junio próximo pasado.